

# Colaboraciones

## *¡Y dando un fuerte grito expiró!*

Debido a las muchas peticiones que ha recibido la Comisión de formación sobre unas de las charlas pronunciadas dentro del ciclo “Los Lunes de Expiración” hemos decidido publicarla para que todos los hermanos puedan acceder a su lectura.

### ¡Y dando un fuerte grito, expiró!

Con esta expresión, los evangelistas Lucas y Mateo describen el último momento de vida de Cristo; bajo esta frase evangélica se edifica nuestra archicofradía y es la sublime escena que trata de describir la imagen del Stmº Cristo que procesionamos. Pero ¿Qué hubo detrás de este dramático y angustioso momento en que Cristo entrega su Espíritu al Padre y atraviesa el umbral de la muerte? ¿qué circunstancias físicas motivaron la expiración?. Para ello resumiré los estudios que los expertos forenses han realizado a partir de los documentos históricos que poseemos y de la información que nos ofrece la imagen de la Sábana Santa que envolvió el cuerpo muerto de Jesús, de la que el propio Juan Pablo II consideró el Quinto Evangelio por la gran cantidad de datos científicos, históricos y arqueológicos que nos proporciona.

Según nos indican los evangelios, Jesús apenas llevaba tres horas crucificado cuando se decide certificar su muerte con una lanzada en el costado, algo poco frecuente, pues lo habitual era que el condenado pasase colgado en la cruz varios días para que se sufriera la angustia de la asfixia y la desangración lenta del reo, entre otros motivos por las heridas que las alimañas y animales salvajes producían en las extremidades inferiores, ya que, al contrario de lo que se piensa, el cuerpo en la cruz apenas distanciaba 50 cms del suelo. Esta prematura muerte de Jesús se debió a numerosos factores que ocurrieron durante la Pasión y que paso a señalar.

Los evangelios señalan que Jesús comenzó a sudar sangre cuando se encontraba orando en Getsemani, esto no es un lenguaje metafórico sino una circunstancia biológica llamada “hematidrosis” algo poco común pero que se produce cuando la persona pasa por un extraordinario grado de sufrimiento psicológico. Se tienen registrados casos similares en los campos de concentración nazis cuando los judíos se encaminaban a las cámaras de gas. Lo que ocurre es que el alto grado de severa ansiedad produce la



secreción de sustancias químicas que rompen las venas capilares de la piel y regueros de sangre salen al exterior mezcladas con el sudor; esto provocó que la piel de Jesús quedase extremadamente frágil. Podemos comprender así que cuando durante esa noche el Nazareno fue maltratado por los soldados que lo prendieron y lo llevaron a los juicios ante las autoridades judías – Sanedrín -, o cuando al día siguiente recibió la flagelación , su piel estaba extremadamente frágil y sensible.

La flagelación a la que Jesús fue sometido por los romanos, según los datos de la Sabana Santa, fue brutal, se realizó con un “flagelum taxilatum” unos látigos compuestos por cuerdas trenzadas en cuyos extremos se entretejían bolas de metal y huesos afilados que al entrar en contacto con el cuerpo producía contusiones y cortes profundos desgarrando la carne. El número de latigazos recibidos fue cercano a 200 pudiendo provocar cerca de un millar de heridas que dejó al descubierto tendones, venas, músculos e incluso huesos por todo el cuerpo. Esta tortura, además del terrible dolor que cuasó en Jesús hizo que perdiera una gran cantidad de sangre que dio paso a una conmoción hipovulémica: aceleración del ritmo

cardíaco que busca bombear sangre que no existe, bajada de la presión sanguínea con probable desmayo o colapso, los riñones dejarían de producir orina para mantener el volumen de líquido restante y por ultimo una gran sed por la pérdida de líquidos sufrida. A partir de este momento, y como consecuencia de inflamación e infección generalizada, Jesús padecería fiebres que sobrepasaría los 40 °. En esta situación Jesús tuvo que soportar la humillación y burlas de los soldados, la coronación con un casco de espinas que le produjo más de 50 perforaciones en la cabeza, la definitiva condena a muerte exigida por la plebe y cargar con el palo horizontal de la cruz (patibulum), que pesaba aproximadamente 50 kg, camino del Gólgota y que se amarraba sobre los brazos extendidos tras la nuca. En esta situación no nos debe extrañar que Jesús se desplomase repetidas veces y fuese necesaria la ayuda del Cireneo.

Llegado al lugar de la ejecución, Gólgota, Jesús será despojado de sus vestiduras que estaban pegadas al cuerpo lo que provocaría nuevas hemorragias al abrirse de nuevo las heridas.

Aunque lo habitual era amarrar los



brazos y los pies del condenado al madero, para Jesús se escogerá la crucifixión más cruel, la fijación con clavos, reservada para los delincuentes más peligrosos. Los romanos eran expertos verdugos en este proceso, el clavo pasaba entre los huesos de las muñecas por un hueco natural existente, triturando el nervio mediano, lo que provocaría enormes calambres y un dolor tan insoportable que la medicina tuvo que inventar una palabra aludiendo a la cruz para describirlo - “dolor excruciante”-. Tras ser fijado los brazos por ambas muñecas, Jesús será colocado sobre el palo vertical donde se procedió a fijar los pies, uno encima de otro, con un clavo aún más largo. De nuevo los nervios y tendones de los pies son machacados y los calambres y dolor por todas las piernas insoportables.

En el momento en que Jesús es elevado, el cuerpo tiende a irse hacia delante y se desploma hacia abajo con los brazos totalmente extendidos, y su propio peso, entre 85 y 90 kg, provocaría el dislocamiento de los hombros, según nos señala la radiografía de la Sábana Santa.

Una vez colgado de la cruz, la muerte va sobreviniendo por una lenta asfixia causada por la inmovilidad a la que está sometido para poder coger aire, y además, en el caso de Jesús, por las lesiones que la flagelación provocó en los

músculos del pecho.

La insuficiencia respiratoria aumentaría minuto a minuto y se iría manifestando en la piel con un enrojecimiento cianótico, es decir, el amoratamiento propio de la escasez de oxígeno en la sangre. La angustiosa sensación de ahogamiento progresivo, la taquicardia severa provocada por un corazón que trabaja en situación extrema... serían las consecuencias de ese “envenenamiento sanguíneo” causada por la falta de oxígeno en sangre que también produciría alteraciones severas, en los músculos, con insoportables calambres y en el cerebro, con constantes pérdidas de conciencia.

Durante esas tres horas, con una fiebre que podría superar los 40° y un frío intenso, Jesús entabló una inútil lucha tratando de elevarse apoyándose sobre los pies y tirando de alguno de los brazos para poder coger diminutas bocanadas de aire, esta continua maniobra provocaría continuos calambres por el giro de las muñecas sobre clavos para tratar de elevarse.

Podemos afirmar, que el dolor sentido por Jesús en todo este proceso de lucha por respirar, supera todo lo que la mente humana es capaz de imaginar.

Si a esta insuficiencia respiratoria

la insuficiencia renal y hepática consecuencia de la flagelación, nos encontramos con un desequilibrio electrolítico y multifuncional incompatible con la vida. Sin entrar en el sufrimiento psicológico que pudo suponer verse en esa situación viendo a los suyos sufriendo junto a él, la situación era insostenible e irreversible, por lo que su naturaleza joven, en plena robustez de la vida, al no poder soportar más, claudicó,... su corazón se paró en diástole... y dando un fuerte grito, expiró. Este es el momento que la noche de miércoles santo tenemos el privilegio de mostrar al pueblo de Málaga... Cristo en el sublime momento en que entrega su vida.

Solo una persona pudo sentir igual dolor que Jesús. Su Santa Madre, la de los Dolores, que permaneció de pie junto a la Cruz.

Santiago Vela.  
Presidente Comisión Espiritualidad

